

te, en mi condición de Director General de la UNESCO y de hispanohablante, la responsabilidad de clausurar esta ceremonia.

Quiero, por lo tanto, agradecer al Presidente del Comité Científico Colombiano de la Lengua Española, Su Excelencia José Cepeda Espinosa, al Director del Instituto Caro y Cuervo, Profesor Ignacio Chaves y al Profesor Edilberto Cruz Espejo, Director del Departamento de Lexicografía de dicha institución, que el próximo lunes nos relatará la historia de este magno proyecto, y a través de ellos a cuantos han participado en la tarea de compilar y redactar este Diccionario, el servicio que han presentado a la cultura de habla española y les felicito por el resultado obtenido.

En la carta de invitación que me dirigió hace varias semanas, el embajador Cepeda Espinosa me comunicaba que las autoridades colombianas habían decidido obsequiar a la UNESCO con esta colección. Quiero darles las gracias, a él y a su Gobierno, por su deferencia y asegurarles que en la biblioteca de la Organización a partir de unos momentos esta obra tendrá el marco adecuado donde estudiantes y eruditos puedan extraer el máximo rendimiento de sus páginas.

A todos ustedes, que han tenido la gentileza de acompañarnos en esta tarde casi tropical, mi más cordial agradecimiento también y mi invitación a que frecuenten este Diccionario ilustre, que aporta un caudal de salud y energía a nuestro patrimonio lingüístico. Como en la réplica de Hamlet a Polonio, su riqueza son solo palabras (*words, words, words*) ; palabras nada más, pero tampoco, nada menos.

SESQUICENTENARIO DEL NATALICIO DE D. RUFINO JOSÉ CUERVO

El 19 de septiembre de 1994, se celebró el sesquicentenario del nacimiento de don Rufino José Cuervo. En la ofrenda floral que el Instituto Caro y Cuervo dedicó en su memoria, ante la estatua sedente del sabio sita en la Plazoleta de San Ignacio, Monseñor Mario Germán Romero, Jefe del Departamento de Historia Cultural, pronunció las siguientes palabras:

Si en alguna ocasión me he sentido inferior a la tarea encomendada, ha sido en ésta, cuando el Director del Instituto Caro y Cuervo me ha comisionado para decir unas palabras en la ofrenda floral ante la estatua de uno de los hombres más grandes de Colombia y de América, don Rufino José Cuervo.

Hoy hace ciento cincuenta años nació, a pocos pasos de este lugar, el último de los hijos del doctor Rufino Cuervo y de doña María Francisca Irisarri. Al día siguiente fue bautizado por el arzobispo de Bogotá, Monseñor Manuel José Mosquera en su oratorio privado y recibió los nombres Rufino José.

Fue su padre una persona eminente: periodista y abogado, político y gobernante, diplomático y hombre de letras, ocupó como vicepresidente la primera magistratura en ausencia del titular, general Tomás Cipriano de Mosquera. Por el lado materno descendía don Rufino de una familia vascongada, noble en la mejor acepción de la palabra. Fue su madre una de aquellas mujeres admirables que en la buena y en la mala fortuna supo mantener el decoro de un hogar ejemplar. Tenía fama de ser una matrona distinguida por su piedad, su modestia, su talento, su trato admirable.

Recibió don Rufino las primeras lecciones en el hogar paterno; estudió en el Liceo de Familia, bajo la dirección de su hermano Antonio Basilio y del presbítero Antonio José Sucre; frecuentó las aulas del Colegio de don Santiago Pérez y las del Colegio de San Bartolomé de los padres jesuitas.

Estudió varias lenguas muertas y vivas, dice el señor Caro, ejercitándose en estas con el especial auxilio de Ezequiel Uricoechea, su íntimo amigo, que se había educado en Alemania, y era infatigable; concurrían ambos a la tarea con tesón vizcaíno: dijérase en ellos rasgo de atavismo. Por aquellos tiempos estudiaron juntos árabe, sin maestro, que es cuanto cabe imaginar en este género de audacias ¹.

Don Rufino José fue ante todo un maestro. Enseñó en el Seminario Conciliar, en escuelas y colegios y se puede decir con toda propiedad que no hizo otra cosa en toda su existencia mortal y aun podríamos decir que sigue enseñando a través de sus libros que no pierden actualidad.

La bibliografía de don Rufino es muy abundante: recogió en un libro las particularidades del lenguaje bogotano, que por su naturaleza y no obstante el título, se hizo de obligada consulta para los filólogos del mundo entero. Colaboró con don Miguel Antonio Caro en la *Gramática latina para uso de los que hablan castellano*, son suyas las notas a la *Gramática castellana* de don Andrés Bello, autor de numerosos estudios filológicos e históricos, colaboró en la *Muestra de un diccionario de la lengua castellana* con don Venancio González Manrique. He dejado por último hacer mención del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua*

¹ Don Rufino José Cuervo, en VÍCTOR E. CARO y ANTONIO GÓMEZ RESTREPO (eds.), *Obras completas de don Miguel Antonio Caro*, t. IV, Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia, 1923, pág. 221.

castellana, del cual alcanzó a publicar dos tomos y que con plausible empeño ha llevado a término en Instituto Caro y Cuervo, y que le mereció el calificativo que le dio Menéndez Pelayo de filólogo el más insigne que la raza española produjo en el siglo XIX.

Cuando el señor Cuervo se dio cuenta de que la composición del Diccionario, comenzada en Bogotá el 29 de junio de 1872, no podía llevarse a cabo sino en un medio como París, emprendió con su hermano don Ángel en 1882 el viaje sin regreso que lo pondría, por decirlo así, en el centro del mundo, para llevar a término la obra emprendida en la casa natal de este barrio de la Catedral. Y vale la pena recordar aquí el epígrafe latino que puso al frente del primer cuaderno de notas, que traducido dice así:

Implorando la luz de la sabiduría eterna, y bajo los auspicios de los apóstoles San Pedro y San Pablo, comienzo esta obra. Si con la voluntad de Dios la llevare a feliz término, no sea para mí la gloria, Señor, no sea para mí, sino para tu nombre.

De esta obra escribió el señor Caro:

El *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* es a un tiempo, y en grado eminente, erudito, histórico, científico y filosófico. Erudito, porque registra infinidad de datos curiosos y numerosísimos ejemplos pacientemente recogidos y ordenados. Histórico, porque expone el desenvolvimiento de la lengua desde la época de su formación, ilustrado con indicaciones etimológicas, que con frecuencia resumen investigaciones originales y presentan nuevos puntos de vista. Científico, porque el autor se muestra perfectamente enterado de los principios a que obedecen las transformaciones lingüísticas y dialécticas, y los aplica con seguro criterio. Filosófico, en fin, por la rara penetración y sagacidad con que el autor persigue el origen de las acepciones, sus enlaces y derivaciones por los oscuros caminos de la metáfora ².

Don Rufino en su decoroso albergue en París se convirtió en punto de referencia para los hispanistas que acudían a él en busca de luces. Franceses, italianos y españoles, ingleses, alemanes y austríacos, suizos, norteamericanos y americanos del sur, católicos y protestantes, incrédulos y ateos, y un santo canonizado, el Hermano Miguel de las Escuelas Cristianas, el primer académico en los altares, ya personalmente, ya por carta lo consultaban y esperaban de él una luz para sus trabajos. Testigos los veintidós tomos publicados hasta ahora de sus cartas. Los interesados le consultaban sus dudas por escrito, otros más afortunados frecuentaban su trato personal, a todos los anima, les corrige sus trabajos y aun las pruebas de imprenta para la decorosa presentación de la obra. Como en aquellos tiempos no había teléfono, se da el caso de tomos enteros de cartas

² *Ibid.*, pág. 223.

con correspondales que vivían como él en París. Basta leer sus cartas para darse cuenta del trabajo de investigación que le exigía cada una de las preguntas que se le hacían, no se contentaba con una simple información sino que iba al fondo de la cuestión para satisfacer la curiosidad del correspondal. Hoy diríamos que don Rufino fue un profesor universal por correspondencia.

El reconocimiento de sus grandes méritos no se hizo esperar. Caballero de la Legión de Honor, doctor *honoris causa* de la Universidad de Berlín, miembro correspondiente de la Real Academia Española y de las principales sociedades lingüísticas de Europa y América, honores merecidos que él recibía con la humildad y sencillez del verdadero sabio.

Perteneció don Rufino a la generación llamada clásica que cultivó en Colombia los estudios literarios, filosóficos y lingüísticos y que contó con figuras como Ezequiel Unicochea, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, y un poco después Marco Fidel Suárez, Rafael María Carrasquilla, entre otros.

Del señor Cuervo dijo Monseñor Carrasquilla:

Más que del clarísimo talento, de la erudición portentosa de don Rufino José Cuervo, soy admirador de sus virtudes cristianas, de sus prendas de caballero, de sus condiciones de patriota. ¿De qué sirven el sutil ingenio, el copioso saber, la palabra disertada, la cláusula elegante en el tribunal del Juez Supremo? Filólogos como Cuervo no faltan en el antiguo mundo; pero un hombre célibe, de elevada posición y no despreciables bienes de fortuna, alabado a porfía por varones eminentes, y que viviendo en la ciudad del placer, se conserva incontaminado, humilde y sencillo, es un espectáculo que no solo arrebató a los hombres sino que enamoró a los ángeles.

Amó a Dios y por eso supo amar a sus semejantes con caridad tan encendida, que llegó a realizar acciones heroicas como las que leemos en las vidas de los santos; honró el trabajo manual con el ejemplo que supo dar por largos años, pasando cada día del bufete del sabio al obrador del menestral; tuvo la virtud de allegar caudales, de no ponerles el corazón y consagrarlos a los enfermos y a los pobres³.

El señor Caro dice de él:

En París oye misa todos los días, ejercita las mismas piadosas prácticas que en Bogotá, como cristiano el más observante, y adelanta sus grandes obras científicas, según expresión confidencial suya, a modo de viajero que se entretiene en cualquier cosa mientras suena el pito que anuncia la marcha del tren a su destino. El recuerdo y la protección de su madre le acompañan siempre⁴.

³ Alocución en la sesión solemne del 2 de octubre de 1911, en *Anuario de la Academia Colombiana*, tomo II, 1910-1911, Bogotá, Tipografía Salesiana, 1911, págs. 291-292.

⁴ *Don Rufino José Cuervo*, en VÍCTOR E. CARO y ANTONIO GÓMEZ RESTREPO (eds.), *Obras completas de don Miguel Antonio Caro*, t. IV, Bogotá, Imprenta Nacional de Colombia, 1923, pág. 220.

En el despacho de la dirección de nuestra Biblioteca Nacional hay una vitrina en que se conservan algunos objetos que pertenecieron a don Rufino. Hay allí cuatro libros que resumen su vida espiritual: un catecismo de la doctrina cristiana del padre Astete, en que estudió de niño, un ejemplar de la *Imitación de Cristo*, el *Coeleste palmetum* que perteneció a su padre y le fue obsequiado por el arzobispo Mosquera y un *Oficio parvo* de Nuestra Señora, también en latín. El primero lo aprendió de coro, pero lo que es más importante, lo practicó sinceramente en el curso de su vida. Quizá perdido en su copiosa biblioteca de vez en cuando volvía a sus manos: contemplaba entonces su firma de niño, los ingenuos dibujos con que lo adornó su inexperta pluma y, mirando aquellas filas de libros, se diría en lo interior con el señor Suárez:

Lee uno a Pascal, y en medio de su piedad y de sus virtudes le infunde a veces cansancio y duda, aunque lee enseguida al Padre Astete, quien con su modesta lámpara disipa las tinieblas con la misma eficacia con que el de Hipona y el de Aquino ilustraron el mundo como conductores del sol todoluminoso⁵.

De Kempis aprendió Cuervo que “las palabras subidas no hacen santo ni justo: mas la virtuosa vida hace al hombre amable a Dios”; y que la “suma sabiduría es, por el desprecio del mundo, ir a los reinos celestiales”. Cuando recitaba diariamente el oficio de Nuestra Señora, volvían a su mente las estrofas con que en su juventud cantó a la Clemente y Piadosa, a la Estrella de la mañana. El *Coeleste palmetum* es un precioso eucologio, escrito, como se lee en la introducción, para los ingenios eminentes y hombres de letras, a fin de que aprendan a orar y pongan su confianza en la oración.

Cuando hablamos de don Rufino no podemos dejar de pensar en su hermano don Ángel, seis años mayor que él. Fue un hombre simpático, extrovertido, de hermosa figura, gustador de las cosas buenas y bellas, que sintió la necesidad de proteger al hermano menor, introvertido él, pensador, tímido, que solamente se halla a sus anchas con los libros. Con su valiosa cooperación hizo posible que don Rufino pudiera dedicarse a sus estudios, sin la preocupación de las cosas grandes y pequeñas de la vida cotidiana que distraen nuestra atención. Sacrificó don Ángel, en aras del amor fraterno el justo derecho de fundar una familia. Su muerte en 1896 vino a ser un golpe mortal para don Rufino. En sus cartas hay acentos desgarradores: “siento que ha muerto la mejor parte de mí”, “hoy me siento también medio muerto”. “Al dejar él esta vida, se llevó mi mejor

⁵ El *sueño del Syllabus*, en MARCO FIDEL SUÁREZ, *Sueños de Luciano Pulgar*, t. IX, Bogotá, Librería Voluntad, 1940, pág. 298.

parte”, “cuando vivíamos juntos lo que el uno veía o leía o imaginaba, luego lo comunicaba al otro; ahora a cada paso voy a buscar a mi compañero y me hallo solô, hablo y todo es silencio”, “me siento devorar por tristeza. Pero todo hemos de aceptarlo como Nuestro Señor nos lo envía”. No olvidemos que don Ángel fue también escritor de finos quilates, novelista e historiador, poeta festivo y autor de obras de teatro, quizá el hecho de haber girado su vida al rededor de un astro de primera magnitud, como lo fue don Rufino, eclipsó sus muchos méritos en el campo de las letras.

Un cristiano como don Rufino, que había meditado muchas veces aquellas palabras de Kempis: “ Bienaventurado el que tiene siempre la hora de la muerte delante de sus ojos, y se dispone cada día a morir”; un hombre que había vivido

contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte
tan callando,

la esperó con la entereza de los buenos.

Una mañana del verano de 1911 —dice don Tomás Rueda Vargas—, don Rufino no pudo salir ya a oír su misa en la iglesia vecina [...], esperó al Amo y con las palabras del centurión en los labios y en el corazón, le recibió por última vez, mientras sus ojos se apagaban a la luz de este mundo donde ‘los más avisados somos ciegos y las previsiones y los cálculos humanos, temerarios...’. De lo más alto de los anaqueles, atestados de libros y papeles, las veinticuatro letras del alfabeto castellano, acongojadas y respetuosas, se inclinaron mientras abandonaba la estancia el alma del justo⁶.

Colombia se ha mostrado agradecida con don Rufino José Cuervo: por la ley 1a. de 1911 el Congreso decretó los honores de este bronce; la ley 5a. de 1942, con ocasión del centenario de don Miguel Antonio Caro y de don Rufino José Cuervo, creó el Instituto Caro y Cuervo, “cuyo fin será —reza la ley— continuar el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* y preparar la edición crítica de sus obras”. En 1974 el Departamento de Cundinamarca hizo entrega al Instituto de la casa natal de don Rufino para sede del Museo Literario y de sus labores humanísticas. En más de cincuenta años de existencia, el Instituto Caro y Cuervo, gracias a la dedicación y celo de sus Directores y colaboradores, viene cumpliendo su misión cultural con el respeto y aplauso de la nación y del exterior.

⁶ El *sabor humano de unas cartas*, en TOMÁS RUEDA VARGAS, *Escritos*, t. III, Bogotá, Antares, 1963, pág. 183.

Este sesquicentenario del nacimiento de don Rufino José Cuervo ha de ser la mejor oportunidad para estudiar a fondo su legado en el campo de la filología. Será tarea para especialistas, yo estoy lejos de serlo.

Ante su estatua, obra del escultor francés Verlet e inaugurada hace ochenta años, venimos hoy en piadosa peregrinación a hacer profesión de amor a la lengua, que en su sentir simboliza cumplidamente a la patria.

Mirar por la lengua —escribió el sabio bogotano— vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo⁷.

⁷Prólogo de la primera edición de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, en RUFINO JOSÉ CUERVO, *Obras*, t. I, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, pág. 6.